

Ariel

UN NUEVO CONTRATO SEXUAL

PLACER Y PODER EN LA
INDUSTRIA DEL DESEO
FEMENINO

**ANDREA
GARCÍA-SANTESMASES**

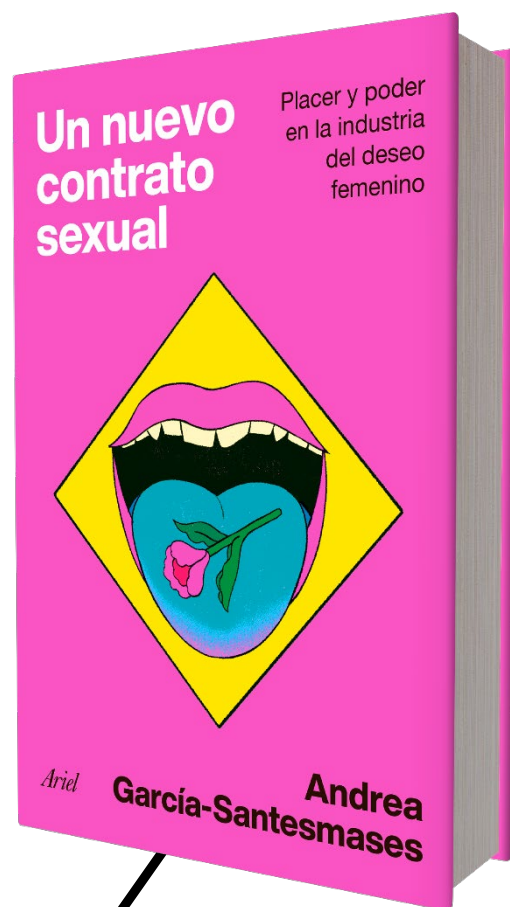
A LA VENTA EL 4 DE MARZO

AUTORA DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

Material embargado hasta su publicación

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:

Laia Barreda Vicent | RESPONSABLE DE
COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO
659 45 41 80 | laia.barreda@planeta.es



SINOPSIS

¿Es el consumo de servicios eróticos por parte de mujeres una forma de empoderamiento? ¿Pagar es consentir?

A través del análisis de productos culturales y entrevistas con gigolós y otros varones que se dedican al placer femenino, este contundente ensayo reflexiona sobre la mercantilización de la sexualidad y la neoliberalización de la vida íntima. Andrea García-Santesmases nos invita a pensar sobre las trampas del placer, la heterosexualidad como institución y los límites del consentimiento frente al pacto patriarcal.

«Un nuevo contrato sexual es la palabra de adiós al sueño de la liberación del deseo femenino en el contexto neoliberal.»

Laura Llevadot, autora de *Mi herida existía antes que yo*

**Un ensayo radical y provocador
sobre el negocio del deseo
femenino en la era del
empoderamiento y el pacto
patriarcal.**

LA AUTORA

ANDREA GARCÍA-SANTESMASES es licenciada en Antropología y doctora en Sociología. Profesora en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), investiga las formas en que el cuerpo, el género y la sexualidad se construyen socialmente, y cómo influyen en nuestras relaciones, deseos y normas. Es autora de *El cuerpo deseado* (2023), un ensayo clave en el cruce entre feminismo y anticapacitismo. Con *Un nuevo contrato sexual* amplía y afina el debate contemporáneo sobre fantasías, heteropesimismo, violencias sexuales y consentimiento.



©Asís G. Ayerbe

ALGUNOS EXTRACTOS

EL CUERPO DESEADO

«Le escuchaba embelesada y las preguntas se agolpaban en mi mente: ese hacerse atractiva y deseable, clave en la constitución del deseo femenino, ¿se elimina o se potencia en la relación con un gigoló? o, dicho con otras palabras, ¿se paga el sentirse deseada o, precisamente, el pago busca rehuir ese mandato?, ¿quien paga manda?»

«El Satisfyer (el succionador de clítoris) fue el regalo más vendido en 2022. No es una excepción, el mercado de los juguetes sexuales está en auge y su público principal son las mujeres. También lo está el de las terapias, las formaciones y los encuentros destinados a explorar, facilitar y potenciar la erótica femenina, así como toda una industria estética de disciplinamiento corporal destinada a producir cuerpos más atractivos y deseables. No por casualidad una de las cirugías estéticas cuya demanda crece más cada año es el rejuvenecimiento vaginal. Y un último dato: según el portal de pornografía más visitado de nuestro país, Pornhub, las mujeres son el 31 por ciento de sus espectadores y este porcentaje aumenta cada año. Esto es en el porno *mainstream*. En la pornografía alternativa, como el porno para mujeres, el porno ético o el porno *indie*, las mujeres no solo son consumidoras asiduas, sino productoras y creadoras de contenido.»

«Esta industria, que busca captar a las consumidoras femeninas para blanquear su imagen, ya que si se convirtieran en clientas asiduas de este tipo de servicios, se podría afirmar que no hay nada intrínsecamente machista en los mismos, sino que la objetualización del cuerpo y la mercantilización de la sexualidad es simple cuestión de oferta y demanda. [...] si se lograra que las mujeres consumieran servicios eróticos y sexuales en la misma medida que los varones, ¿supondría esto una inversión de los roles de género de los sujetos concernidos? ¿Puede ser el consumo una vía para liberar el deseo femenino?»

«Con el objetivo de responder a estas preguntas y cuestionar las promesas posfeministas de un nuevo contrato sexual, en este ensayo analizo servicios eróticos para mujeres, ubicando bajo este paraguas distintos tipos de prácticas remuneradas, individuales y colectivas, en las que el cuerpo masculino se erotiza al servicio de la mirada femenina.»

LA INDUSTRIA DEL DESEO FEMENINO

«Todas estas industrias han promovido productos que prometen empoderamiento y libertad, pero que con frecuencia refuerzan nuevas formas de presión sobre el cuerpo femenino — la mujer liberada debe ser deseante, multiorgásmica y estar siempre disponible— ya que forman parte de un entramado ideológico heteronormativo y capacitista, la industria del deseo femenino. A estas cuatro industrias, en la tensión contemporánea entre reivindicación feminista y apropiación capitalista, este ensayo le añade el análisis de una quinta esfera: la industria de los servicios eróticos para mujeres, aquella que produce, erotiza y mercantiliza el cuerpo masculino para el consumo femenino.»

«Las industrias del deseo femenino alientan esta imagen de mujer empoderada y desenfadada para la que contratar a un gigoló sería una cuestión de autocuidado y valentía, reivindicando un sujeto posfeminista que debe desembarazarse de las restricciones culturales, familiares y sociales y orientarse hacia la satisfacción de sus deseos individuales. Llevando al absurdo esta fantasía de sujeto desarraigado y autosuficiente, una de las webs de gigolós asegura que mediante la contratación «estarás satisfaciendo tus necesidades de manera autónoma». El otro reducido a mero instrumento; el cuerpo del gigoló como un Satisfyer de sangre caliente.»

«Si bien el grueso de la clientela lo compone mujeres de mediana edad, los gigolós hablan, sorprendidos, de un perfil cada vez más frecuente de chicas jóvenes, apenas en la veintena.[...] La mayor parte de las mujeres que pagan la entrada a un espectáculo de *striptease* o contratan a un acompañante masculino son clase media. Incluso, algunas tienen dificultades para afrontar los altos precios de los servicios y aun así hacen un esfuerzo económico para sufragarlos.»

«El combo posfeminista de la sexualidad como necesidad y como derecho busca soslayar toda discusión ética en torno a su mercantilización y plantearla como una simple cuestión de recursos, de oferta y demanda. Los servicios eróticos se plantean como un paso más, lógico, al fin y al cabo, en la conquista de espacios tradicionalmente masculinos y en la mimetización de los comportamientos que allí acontecen.»

«Muchas mujeres acuden no para romper con la feminidad normativa, sino para poder sostenerla. [...] las hacen sentirse deseadas y deseables, les permiten, el resto del tiempo, mantener la ficción de la heteronormatividad y continuar siendo las esposas y madres japonesas ideales, abnegadas y desexualizadas.»

«Una clienta puede resultar molesta o pesada, pero nunca se ve como una amenaza para el cuerpo masculino, ni para los promotores ni, como veremos en el cuarto capítulo, para los proveedores. El miedo, aunque ellas paguen, no cambia de bando.»

«**La violencia sexual es patrimonio patriarcal** y, cuando el feminismo reivindica que las mujeres tienen derecho a la mitad del mundo, no creo que pretenda incluir esta enorme parcela. El objetivo es un mundo sin violencias, no un mundo con perpetradoras femeninas, [...] lo decepcionante de estas representaciones es que invierten de manera automática y simplista los roles de género, en lugar de imaginar una sociedad feminista con relaciones concebidas desde la igualdad y la reciprocidad.»

ENTRE AMIGAS: LIBERACIÓN SEXUAL Y HETEROPESIMISMO

«Ah, mira, pues lo de pagar a un gigoló lo he pensado muchas veces. No ahora, pero cuando tenga cincuenta o sesenta años... Si ellos lo hacen, ¿por qué nosotras no?». No supe qué responderle. ¿Por qué nosotras no? ¿Porque no queremos? ¿Porque no debemos? ¿Porque no podemos?

«Estas tensiones son consecuencia de que la supuesta igualdad que propicia el *nuevo* mercado heterosexual, libre de prejuicios y tradiciones, parte de una falacia: que las posiciones de partida de hombres y mujeres son equivalentes y, por tanto, son sujetos que maximizarán sus beneficios

mediante acuerdos racionales (en este caso, relaciones). En la práctica, el género importa: los hombres suelen tener mayor facilidad para desligarse emocionalmente y obtener gratificación sexual de estos encuentros esporádicos y repetitivos, ya que refuerzan algunos elementos de la masculinidad tradicional: la sexualidad como conquista, la acumulación de parejas sexuales como logro. Por el contrario, las mujeres heterosexuales ocupan la posición más precaria dentro del mercado del *dating* (Illouz, 2020), aunque eso no quiere decir que sean víctimas pasivas, sino que ponen en marcha el juego de las astucias en un tablero resbaladizo.»

«Desear una relación romántica se considera anticuado, cuando no patético. Este marco regula sobre todo el comportamiento de las chicas, que lo que más temen es ser acusadas de «estar necesitadas». Como dice una de las estudiantes entrevistadas: **«Las dos peores cosas que un chico puede llamar a una chica son “gorda” y “dependiente”»** (Wade, 2021, 197).»

«En mujeres heterosexuales, se espera que el cuerpo femenino esté dispuesto y predispuesto para la práctica heteronormativa por excelencia, es decir, el coito. En el caso de mi amiga Marta, eso supuso un tratamiento médico, similar al de algunas mujeres trans o intersex, a base de dilatadores, para asegurar una vagina penetrable. [...] La modificación de la corporalidad femenina remite a una lógica más profunda y perversa: **si la mujer no encuentra reconocimiento en el mercado afectivo-sexual es porque tiene o hace algo mal**. Y no es que las mujeres no sean conscientes de que el problema, de fondo y real, es la lógica heteronormativa que las marca como erróneas (Marta sabe que el problema no es ella, sino el patriarcado capacitista), sino que son pragmáticas en su gestión. Por el contrario, los varones «excluidos» del mercado afectivo-sexual, véase los *incels* como ejemplo paradigmático, responsabilizan a las mujeres de su malestar.»

«En los últimos tiempos está habiendo un movimiento de reivindicación de la soltería y/o celibato femenino (las denominadas *femcels*) basado en un profundo heteropesimismo. [...] El estigma de la solterona ya no asusta; más asusta la heteronormatividad.»

«Se habla mucho de la crisis de la masculinidad, de esos hombres frágiles y amenazados por los avances feministas, pero no lo suficiente del heteropesimismo de las mujeres, de su hartazgo ante las falsas promesas de igualdad y disfrute de la liberación sexual, de su desencanto ante las relaciones con los varones.»

LA FANTASÍA DEL GIGOLÓ

«En total, entrevisté a quince varones: once gigolós, dos masajistas tántricos y dos acompañantes eróticos para mujeres con discapacidad.»

«La clienta no puede esperar ni reclamar algo específico, por lo que él guía la interacción, los tiempos y decide qué prácticas se realizan y cuáles no.»

«Juega un papel importante, y mucho, el disfrute de ellos. Lo hacen por dinero, pero también, y esto es fundamental, porque les gusta. Por eso, les parece lógico evitar los servicios, las clientas y las interacciones que les resultan desagradables. Uno explicaba: «Pido foto antes, a

ver si me gusta; yo también quiero pasármelo bien». Otro criticaba a las que hablaban demasiado y se ponían a contar sus problemas: «Yo no soy psicólogo».

«Nunca presumen del placer que experimentan ellas — es interesante, por ejemplo, como la alusión al orgasmo femenino está ausente en su narración de la relación sexual—. Consideran que su servicio se limita a la *performance* sexual, en la que ellos deben jugar un rol protagónico y dominante. En el caso de Nacho, dicha guionización es esperable. [...] De esta forma, el pago no invierte la dinámica habitual de su relación con las mujeres, en la que ellos son sujeto protagonista. Esta lógica, tal y como analizaré en mayor profundidad en el último apartado, es transversal a los tres arquetipos; **no se consideran objeto porque ellas pagan, sino sujetos porque ellos saben: saben lo que hay que hacer, cuándo hay que hacerlo y cómo hay que hacerlo.**»

«La mujer *necesitada*, la mujer *carente*, la mujer *dañada*, la mujer *traumatizada*, la mujer a la que algo le falta, ese es el contrapunto del *terapeuta*. Sus servicios se proyectan con base en una usuaria (nunca utilizan la palabra clientas) *discapacitada* en algún sentido: bien por experiencias traumáticas, bien por determinadas condiciones adquiridas o de nacimiento que afectan a su estado físico. Esta idea de la sanación de la sexualidad dañada es un concepto compartido entre el ámbito del tantra y del acompañamiento íntimo para personas con diversidad funcional.»

«El guion heteronormativo también genera presión sobre la *performance* sexual masculina, de ahí la inquietud y la tensión que atraviesan la relación sexual cuando el varón experimenta algún tipo de disfunción eréctil o, simplemente, no logra una erección como la fantaseada. Los acompañantes experimentan una presión en este sentido, ya que, más allá de las prácticas sexuales que precisan de la erección, la falta de esta se infiere como un problema más profundo, un fracaso de la masculinidad, y de la feminidad, en acción.»

«Las mujeres desean ser deseadas porque gran parte de su placer reside en ese reconocimiento, esa validación, ese ser receptáculo de miradas y detonante de impulsos pasionales. La feminidad se educa en el cuerpo, tal y como explica Llevadot: «Aprender a ser mujer es aprender a encarnar un patrón de dominación, es aprender a ser un cuerpo sexualmente disponible, como el culo de Bardot, es interiorizar un deseo de opresión» (2022, 57). En este sentido durante la relación sexual, la mujer no solo se erotiza mediante la mirada masculina, sino que la asume como propia.»

«En conclusión, los servicios eróticos para mujeres constituyen un espacio de recreación de género, en el que ellos performan una masculinidad exitosa (sea esta más seductora, más dominante o más cuidadora) que valida la feminidad de las mujeres que los contratan. De esta manera, por lo que se estaría pagando, más que por una práctica sexual concreta con un cuerpo determinado, sería por el placer que reporta encarnar la heteronorma.»

¿CONTRATAR ES CONSENTIR?

«La idea de pagar como salvaguarda del consentimiento es una fantasía neoliberal que la industria se encarga de propagar prometiendo que la persona consumidora (en este caso, la mujer) tiene el poder y la persona contratada (en este caso, el varón) está a su servicio. De esta

manera, se intentan ignorar las desigualdades de poder de partida — es decir, los sistemas de poder en que los cuerpos, susceptibles de consentir o no, están insertos—, pero estos, inevitablemente, condicionan las dinámicas relacionales y las formas de subjetivación de dichas dinámicas.»

«En cuanto a las prácticas concretas consentidas o consentibles, afirman que los límites se descubren sobre la marcha, mediante tanteo, prueba y error. Esperan que, si hubiera algo que no quisieran hacer, las mujeres expresarían una negativa. Lo cual resulta paradójico, ya que, al mismo tiempo, afirman que las mujeres tienen dificultades para decir, más aún demandar, lo que sí quieren, así pues, ¿por qué habría de ser más fácil enunciar un no que un sí?»

«A día de hoy, es similar el porcentaje de chicas jóvenes que temen ser víctimas de violencia y el de chicos que temen ser víctimas de una denuncia falsa. A pesar de que el temor femenino se sustenta en cifras reales de agresiones sexuales, el masculino, que se asienta en *fake news* extendidas en la manosfera, afecta de igual modo a sus destinatarios, a sus imaginarios y sus formas de relación.»

«De esta manera, la violencia que sobrevuela toda relación heterosexual, que conocen e intentan mitigar desde las apps de ligue hasta los organizadores de despedidas de soltera, se intenta soslayar aludiendo al consentimiento. El consentimiento como una garantía de irresponsabilidad tanto para los proveedores como para las clientas: «no eres capaz de violentar», «puedes hacer lo que quieras», «todo está bien porque está contratado», y contratar equivale a consentir. **Y si bien el consentimiento es la mejor herramienta de protección jurídica que tenemos, no puede ser el fin de la conversación, sino el acicate para iniciarla, el punto de partida para reflexionar sobre el deseo y la sexualidad.** Dicha conversación está viciada, en gran parte, por los temores que sobrevuelan la relación heterosexual y que, cada vez más, no son solo femeninos.»

«Más allá de casos puntuales como el que Pierre relata, que se ubican en el terreno de lo delictivo y que remiten a la violación de Gisèle Pelicot, el problema de fondo es la fraternidad. Que los gigolós, a pesar de tener dudas sobre el consentimiento de la mujer — bien por su estado de embriaguez, bien por la forma de comportarse o expresarse, bien por la información con la que cuentan—, continúen la relación sexual — y me lo relaten sin titubeo alguno— significa que entienden que esta ya ha sido consentida por el varón, es decir, que **el marido puede consentir sobre el acceso al cuerpo de su pareja.** Muestra de cómo el honor y la propiedad continúan presentes en el imaginario colectivo en torno a la relación heterosexual.»

«Una vez aceptado el servicio, todo lo que acontezca posteriormente, siempre y cuando entre dentro de lo que se presupone que es una relación sexual (aunque sea algo no deseado, desagradable o degradante), ha sido consentido. [...] En segundo lugar, es producto de una socialización de género que les dificulta hacer un ejercicio introspectivo sobre sus vivencias, que los aleja de la reflexión sobre las emociones y, en el plano sexual, los obliga a encajar en un mandato de éxito sexual en el que determinadas cosas, como las relaciones sexuales con muchas mujeres, han de ser necesariamente placenteras.»

«Prácticas como la orgía referida, en la que la centralidad era el *bukkake* sobre el rostro femenino, solo tiene sentido erótico y erotizante dentro de una cultura sexual marcada por el

imaginario pornográfico. Se producen, nombran y dotan de sentido en un contexto histórico y cultural concreto que, también, debe permitir problematizarlas. **No se trata de condenar determinadas prácticas o fantasías, pero sí de señalar que su actuación no es espontánea ni inocua, que el deseo no es un impulso primario, prepolítico, oscuro e insoslayable, sino el reflejo, en este caso, de la resiliencia del patriarcado.** Y de juzgar, eso sí, una heteronorma que erotiza la sumisión femenina.»

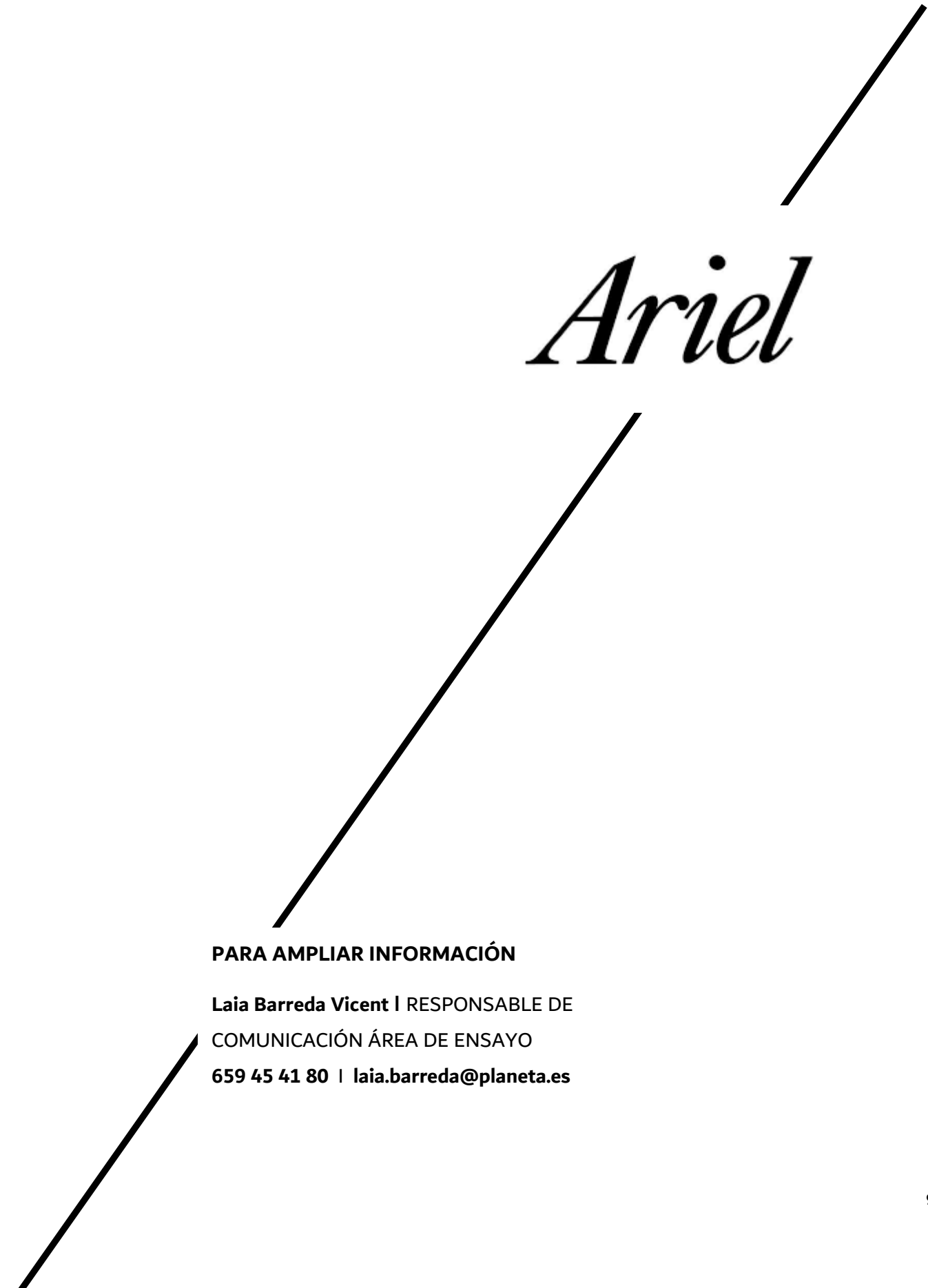
POR UN NUEVO CONTRATO SEXUAL

«Los servicios eróticos para mujeres buscan recrear la heterosexualidad, en su versión más estereotipada y normativa, por lo que los varones encarnan masculinidades protagónicas y las mujeres feminidades complacientes. Se perpetúan, incluso se exacerban, las posiciones erotizadas de la dominación, de quién es sujeto y quién es objeto. El pago lo que hace es contenerlas, prometer que no derivarán en violencia, que la mujer puede ser objetopreciado y no violentado, pero quien guía la acción, quien demarca los límites y quien se mantiene en la posición de saber-poder es el varón.»

«Que buena parte de la demanda de las mujeres tenga que ver con la expectativa de relacionarse buscando una mínima seguridad dice mucho de la mediocridad, cuando no de la violencia, que impregna las relaciones heterosexuales habituales.»

«Más allá de mi interés personal por el tema, creo que ahora, más que nunca, hay que tener una propuesta política feminista en torno a la heterosexualidad. Estamos en un momento de *backlash* en términos de género —o, como precisa la antropóloga Nuria Alabao (2025), de «guerras de género»— en el que el acceso a las relaciones (hetero)sexuales, su negociación y su cuantificación son terreno central de confrontación política. Se actualizan imaginarios de feminidad y masculinidad que parecían desfasados, no solo en torno a quién ha de trabajar y proveer, sino reactualizaciones del valor de la virginidad y la pureza femeninas. **La manosfera se engrandece cada día afirmando que hemos llegado demasiado lejos con esto de la igualdad y que lo mejor es regresar al viejo contrato sexual, a ese pacto añejo formalizado entre varones que se idealizan como fuertes y protectores.** Y no son solo los hombres más jóvenes los que fantasean con el regreso a las cavernas de la heteronorma, en las que todo parecía más claro y sencillo, sino que el imaginario femenino, aunque más lentamente, también se va volviendo más conservador.»

«El heteropesimismo va ganando terreno. Revestidas de un cinismo triste, nos animamos a objetualizar a los hombres antes que confiar en la responsabilidad afectiva; a imitar la pauta androcéntrica clásica de la acumulación de parejas sexuales y la banalización del sexo en lugar de preguntarnos cómo querríamos que fuera una sexualidad liberada de la heteronorma; a encarnar fantasías de excitación rápida por la alusión explícita de códigos conocidos en vez de explorar, al menos un poquito, fuera de la casa del amo.»



Ariel

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN

Laia Barreda Vicent | RESPONSABLE DE
COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO
659 45 41 80 | laia.barreda@planeta.es